

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

15 de agosto de 2008

Ap 11, 19; 12, 1-6.10; Lc 1, 39-56

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia celebra con una gran alegría la solemnidad de la Asunción de la Virgen María. También las Iglesias de Oriente la celebran con el nombre de la "Dormición de la Madre de Dios", una tradición parecida a la de tantos lugares de nuestra tierra en los cuales hoy se venera la "cama" de Madre de Dios, el lugar de su paso de este mundo a la vida eterna.

De oriente a occidente, pues, la Iglesia de la tierra se alegra -junto con la Iglesia del cielo- por el Tránsito de Santa María de este mundo al Padre, en que se hizo realidad en su persona la Pascua de Jesucristo, su Hijo. Nos alegramos nosotros, reunidos en esta Casa mariana de Montserrat, porque aquella que ha sido el *arca de la alianza* por el hecho de llevar al Mesías en su seno, ha llegado ya al *santuario de Dios* (cf. 1ª lectura) toda vestida de la luz de la Transfiguración; vestida de luz pascual por la plenitud *de gracia* recibida y por su respuesta personal, libre y generosa, a la Palabra del Evangelio. Ella ha superado ya los límites de la fragilidad humana y de la muerte, y ha salido vencedora del poder del mal. Dios lo contempla y se alegra de esta obra (cf. Ps 103, 31) de su *brazo poderoso* (cf. evangelio) y de la cooperación amorosa de Santa María. El canto de entrada nos decía que también los "ángeles se alegran de la solemnidad" de la Asunción de Santa María y "alaban al Hijo de Dios", Jesucristo, a cuyos méritos se debe la santidad original y la glorificación de su madre.

La Iglesia se alegra y alaba la sabiduría providente de Dios contemplando la obra que ha hecho en la Madre de Jesús y se alegra, también, con ella por *las maravillas* de las cuales ha sido objeto al término de su vida mortal. Y ahora confía en la solicitud maternal que tiene en la gloria del Cristo a favor del Pueblo cristiano y de la humanidad entera.

Sin embargo, los textos litúrgicos de la solemnidad de hoy subrayan, todavía, otro motivo de alegría. No solamente nos tenemos que alegrar por las *maravillas* obradas en María, en su vida y en su Asunción, sino también de lo que esta Asunción significa para nosotros. Porque, si procuramos acoger, meditar y poner en práctica la Palabra de Dios al estilo de Santa María, también "llegaremos a participar con ella de su misma gloria en el cielo", tal como lo pide hoy repetidamente la liturgia (cf. oración colecta). Por eso, conscientes de nuestra fragilidad y de nuestra inconstancia, tenemos que pedir, también tal como haremos en el momento de prepararnos para la oblación eucarística, que "nuestros corazones" sean "abrasados" en el amor del Padre para que "vivan siempre orientados" hacia él (oración sobre los ofrendas). Orientados hacia Dios y con el rescoldo del amor, podremos seguir espiritualmente el camino que ha recorrido la Madre del Señor hasta el final. Así lo volveremos a pedir, una vez hayamos recibido el sacramento salvador del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, cuando pidamos que "por la intercesión de la Virgen María, que ha subido a los cielos, lleguemos a la gloria de la resurrección" (postcomunión).

Como veis, hermanos y hermanas, la Iglesia nos invita a contemplar una doble realidad. Por una parte, Santa María gloriosa por su participación definitiva en la Pascua de Jesucristo; y, por la otra, la plenitud a que estamos destinados nosotros mismos. Por eso pedimos vivir, como la Virgen de Nazaret, "siempre orientados hacia Dios, tendiendo con el corazón y la inteligencia a vivir según la palabra divina para poder llegar a la gloria donde ha llegado ya la Madre de Dios. El motivo de alegría de

la solemnidad de hoy es, por lo tanto, también doble: la glorificación de María y la vocación que hemos recibido de vivir eternamente felices. Una vocación dirigida a toda la humanidad. Viendo a María en la gloria de Cristo, vemos cuál es la grandeza del ser humano, cuál es su dignidad y cuál es el destino de su existencia. Y, al hacernos conscientes de ello, vemos, todavía, cuál es el amor de Dios por cada ser humano.

Eso nos anima a vivir la fe; que también nosotros somos felices *porque hemos creído*, como decía Isabel a María en el evangelio de hoy. Y nos mueve a ser testigos en nuestra sociedad de la grandeza de la persona humana. En nuestros días se encuentran aquí y allá ciertas visiones reduccionistas que consideran a los seres humanos como unos primates más, que han desarrollado algunas capacidades pero sin ninguna dimensión trascendente; frente a estas visiones, la luz de la Palabra revelada nos enseña la dignidad única de cada hombre y cada mujer como centro de la creación y como interlocutor de Dios. La visión de la glorificación de Jesús después de su muerte, y de la de María asunta a la gloria del Cristo dando cumplimiento a la Palabra de Dios, nos afianza y nos ilumina. Y nos hace mirar a la humanidad del presente y del futuro con esperanza, a pesar de todos los aspectos negativos. Nos la hace considerar a partir del amor de Dios que, antes de crear el mundo, ya ha pensado positivamente en cada uno de los seres humanos para que lleguemos *a ser sus hijos por Jesucristo* (cf. Ef 1, 4-5). Hoy, como os decía, vemos la realización más plena en la Virgen María, que ya participa de su *parte en la herencia* de Cristo y es *alabanza de la gloria* de Dios (cf. Ef 1, 11-12).

El amor de Dios, que nos llama a esta vocación tan sublime, se hace concreto y activo en la Eucaristía para transformarnos mientras estamos todavía en esta vida para que vivamos "orientados" hacia Dios, como vivió siempre Santa María, a la cual esperamos poder unirnos para magnificar eternamente con ella la Trinidad Santa en la Iglesia del cielo.